

PROLOGO

LA autora de estos versos es un copo de espuma lírica; un haz de todo lo que hay de más claro, limpio, musical y alado en el mundo; una conjunción de pájaro y estrella, de flor y de onda, de mariposa y de brisa. Es un suspiro. Eso es: un suspiro. Pero un suspiro que viene de lo hondo del corazón como un llamamiento lejano de la vida. Y si es copo de espuma, y haz de rayos de sol, y puñado de alas y de músicas, no se empeñe el lector en disasociar esa imagen, de todo lo que en el aire del sentimiento no sea sino levedad y transparencia.

Porque María Esther Llana Barrios es un alma. Nada menos que un alma. La misma gracilidad de su cuerpo pequeño y casi ingrávito no es otra cosa que una consecuencia del destino que le impuso ser, ante todo y por encima de todo, un alma. Y no una simple y sencilla alma angelical, de serafín, sino un alma de mujer encendida en la llama eterna del "eterno femenino" de Goethe, y de la moderna feminidad, que se nutre de palpitaciones vitales impulsadas por los vientos del cielo e impregnadas de los jugos de la tierra.

Por eso se pone a cantar, y ella, tan pequeñita y feble, nos sorprende con el milagro de incandecer el cristal puro e infantil de su voz de pájaro con los acentos de una seria preocupación colectiva, que nos la descubre más mujer de lo que creyéramos al verla, más sana y austeramente mujer, en la madurez mental y sentimental de una madre reflexiva que sólo sabe de la maternidad del espíritu en la sagrada bondad del corazón y la absoluta pureza de la carne. ¡Si apenas hay carne en ella, y la poca que forma y sustenta su cuerpo la necesita toda para alimentar en sus entrañas espirituales el fuego de su ideal de justicia y la luz astral de sus inmaculados sueños de poeta!

Oigamos cantarle a la mujer de América:

"Mi niño será un libre tallito estremecido
entre los dedos puros de un aire que amanece.
Mi amado será firme
columna que sostiene
el pórtico del Día;
sus brazos que supieron
de faenas del Alba
como arcos triunfales
rodearán mi cintura!"

Toda ella está en esos versos. Porque en ellos resplandece ese milagro que dije.

En sus artículos ya se nos había mostrado en esa dualidad extraña de un alma fuerte que expresa altos y hondos sentimientos humanos en el encanto quebradizo de imágenes tornasoladas como si escribiese con rayitos luminosos sobre los cristales del prisma de donde brota, cual imprevista flor del aire, el Arco Iris.

Pero aquí, en este libro, el encantamiento de su lirismo se afina sin desprenderse de ese contacto de su alma con la vida real, que ella siente con tanta hondura, y en la que sumerge las manos de su inspiración para sacarlas llenas de motivos diversos, rebosantes de temas dispares.

La Isla de los Sueños —la segunda parte de su libro, su "Refugio" de intimidad, su "isla de cielo abierto entre los charcos", como ella dice dulcemente— nos enseña que sus sueños no son los de un angel sin alma, sino los de un alma con angel.

Otros podrán juzgar sus versos desde el punto de vista estético. Podrán, incluso, saludarlos como afirmaciones de una vivencia lírica que no cultiva la forma difícil; ni más o menos castigada, pero se mantiene sin esfuerzo en planos decorosos y rutilantes de exteriorización poética.

Yo los he gustado sin analizarlos, dejándome seducir, sobre todo, por lo que hay en ellos de espontáneo y vivo reflejo de la autora. Yo he sentido, principalmente, que la aparición de este libro constituye una fiesta para todos los que amamos en ella su admirable fervor idealista, su bondad entrañablemente femenina, su delicadeza espiritual, su andar por el mundo con pasito de paloma pero sin dejar de vibrar, con intensa vibración de llamarada, en el aire de las más generosas emociones civiles, que mueven su pluma, se le suben a la garganta en sus cantos, y le dictan el itinerario de su conducta ejemplar en la vida ciudadana.

Todos sus compañeros de ideales y de lucha estamos de fiesta porque ella puede acariciar entre sus manos sutiles este libro, que a mí me toca prologar, y que por ser fruto de sus sueños, hijo de la sangre de su espíritu, ella estrechará contra su pecho con ternura de madre.

¡Albricias! exclamamos, pues, ante el nacimiento de éste su vástago canoro. Y echamos a vuelo las campanas de nuestro júbilo.

EMILIO FRUGONI